



Los Celtíberos: análisis arqueológico de un proceso de etnogénesis

Alberto J. Lorrio*

Revista de Guimarães, Volume Especial, I, Guimarães, 1999, pp. 297-319

Introducción. En este trabajo se ofrece una amplia panorámica sobre uno de los pueblos hispanoceltas de mayor personalidad: los Celtíberos. Para su estudio, así como para el del territorio de la Celtiberia, se cuenta con las noticias proporcionadas por las fuentes literarias, la epigrafía o la lingüística, evidencias todas ellas que remiten a un momento contemporáneo o posterior a la conquista del territorio por Roma, así como con el registro arqueológico, que permite abordar, asimismo, el análisis del territorio celtibérico y su evolución en los siglos anteriores, abarcando un período que cabe retrotraer a los siglos VIII-VII alcanzando el I a.C. o incluso después.

Desde la primera referencia a la Celtiberia, enmarcada en el contexto de la II Guerra Púnica al narrar Polibio (3, 17, 2) los prolegómenos del asedio de Sagunto, las noticias sobre los Celtíberos y la Celtiberia son abundantes y variadas, al ser uno de los protagonistas principales de los acontecimientos bélicos del siglo II a.C. en la Península Ibérica, que culminarán con la destrucción de Numancia el 133 a.C.

Según las noticias proporcionadas por las fuentes literarias (*vid.* Koch 1979; Salinas 1986; Tovar 1989: 75 y 78 ss.; Capalvo 1996; Burillo 1998; etc.), la Celtiberia se presenta como un territorio cambiante a lo largo del período de tiempo que abarcan las guerras de Conquista y el posterior proceso romanizador, localizado en las tierras interiores de la Península Ibérica, sobre cuya delimitación territorial no siempre existe unanimidad, produciéndose diferencias sustanciales, cuando no contradicciones, entre los autores grecolatinos en cuyas obras aparece citada con mayor o menor precisión.

* Universidad de Alicante.

Dichas fuentes aluden a veces a una Celtiberia extensa, equivalente a la Meseta en buena medida, como ocurre en los textos de mayor antigüedad, pertenecientes a los inicios de la Conquista, y que será la que recoja Estrabón en su libro III, situando la *Idubeda* -el Sistema Ibérico- al Este de la misma, aunque no dude en considerar a *Segeda* y *Bilbilis*, localizadas ambas en el Valle Medio del Ebro, como ciudades celtibéricas.

Junto a este concepto, existe otro más restringido que localiza la Celtiberia en las altas tierras de la Meseta Oriental y el Sistema Ibérico y en el territorio situado en la margen derecha del Valle Medio del Ebro, en buena medida determinado por el mayor conocimiento de la complejidad étnica peninsular. Sus límites, que en absoluto pueden considerarse como estables, pueden determinarse a partir del análisis de las etnias pertenecientes al colectivo celtibérico, a su vez delimitadas por la localización de las ciudades a ellas adscritas. Un indicio de su extensión vendría dado por la utilización de apelativos que hacen referencia al carácter limítrofe de ciertas ciudades, como *Clunia*, *Celtiberiae finis* (Plin., 3, 27), *Segobriga*, *caput Celtiberiae* (Plin., 3, 25) o *Contrebia*, *caput eius gentis* -referido a los Celtíberos- (Val. Max., 7, 4, 5). No obstante, tampoco en este aspecto la opinión es unánime, como demuestran las obras de Plinio o Ptolomeo, que no llegan a ofrecer un panorama suficientemente esclarecedor al respecto. Así, Plinio (3, 19 y 3, 25-27) tan sólo considera como Celtíberos a Arévacos y Pelendones, cuya localización en el Alto Duero es bien conocida, así como a los habitantes de *Segobriga*, en la actual provincia de Cuenca. Ptolomeo (2, 6) trata de forma independiente a los Arévacos y Pelendones de los Celtíberos, a quienes atribuye una serie de ciudades localizadas en el Ebro Medio, en su margen derecha, como *Turiasso*, *Nertobriga*, *Bilbilis* o *Arcobriga*, junto a otras situadas en el territorio nororiental de la Meseta Sur, como *Segobriga*, *Ercauica* o *Valeria*.

De acuerdo con esto, tal como es concebida la Celtiberia por los escritores clásicos, se observan inexactitudes a la hora de definir sus límites territoriales, que en cualquier caso debieron estar sujetos a modificaciones a lo largo del tiempo, no estando clara tampoco la nómina de pueblos que se incluirían bajo el término genérico de "celtíbero", aunque parece fuera de toda duda tal filiación para Arévacos, Belos, Titos, Lusones y Pelendones, resultando más discutible la adscripción de grupos como Lobetanos, Olcades o Turboletas (*vid.* al respecto Burillo 1998: 146 ss.).

Dificulta la valoración de las voces "celtíbero" y "Celtiberia" (*vid.* Burillo 1998: 50 ss.) el que se trate términos no indígenas y las frecuentes contradicciones -a veces explicables por razones cronológicas- que las fuentes literarias ponen de manifiesto en su uso (*vid.* los casos significativos de Estrabón, Plinio o Ptolomeo). En suma, se desconoce el verdadero significado con el que estos términos son utilizados en los diferentes contextos en los que aparecen, si bien, probablemente, además de estar dotados de un contenido

étnico serían utilizados con un sentido puramente geográfico¹. El término *celtiberi* estaría referido a una población considerada como un grupo mixto (Untermann 1983 y 1984), y así aparece recogido en Diodoro (5, 33), Apiano (*Iber.* 2) y Marcial (4, 55) para quienes los Celtíberos serían Celtas mezclados con Iberos, si bien para otros autores, como Estrabón (3, 4, 5), prevalecería el primero de estos componentes.

Aunque no habría que dejar de lado que el concepto “celtíbero” pudiera no remitir a una unidad étnica, al menos para la historiografía antigua (Koch 1979: 389), deberían valorarse aquellos aspectos de los indígenas que pudieran haber trascendido a los visitantes, como las costumbres y la lengua, pues pudieron ser la base de la identidad mostrada (Burillo 1993: 226). Siendo así, no está de más recordar que en la Antigüedad, como ha señalado Untermann (1995: 16), “los *Celtae* representaban un grupo etnográfico (en el sentido de los *Germani* de Tácito) definido por sus costumbres, su religión, su aspecto físico y otros rasgos exteriores”. Es probable que el término *celtiberi*, de acuerdo con Capalvo (1996: 19 ss.), surgiera durante la II Guerra Púnica, siendo posiblemente utilizado sólo por los historiadores del bando romano.

El teórico territorio celtibérico definido por las fuentes literarias viene a coincidir, *grosso modo*, con la dispersión de las inscripciones en lengua celtibérica, en alfabeto ibérico o latino (de Hoz 1986 y 1995; Untermann 1983; Jordán 1998; etc.). Asimismo, se evidencia la existencia de una onomástica particular restringida a la Celtiberia que conviviría con otra de ámbito más general, también de tipo indoeuropeo, extendida por el Occidente y el Norte peninsulares (*vid.* Abascal 1994).

Por su parte, el registro arqueológico no sólo ofrece información sobre la Celtiberia y los Celtíberos de época histórica sino que también permite abordar el proceso de formación y evolución de la cultura y del territorio celtibérico, fenómeno que remite a los siglos anteriores a la presencia de Roma en la zona (fig. 1). El análisis del hábitat y las necrópolis, así como del armamento y el artesanado en general, ha permitido establecer la secuencia cultural del mundo celtibérico (Lorrio 1997: 257 ss.), con lo que por vez primera se cuenta con un periodización general para esta cultura que, aunque realizada a partir principalmente del registro funerario, integra las diversas manifestaciones culturales celtibéricas. No obstante, se debe tener en cuenta la diversidad de áreas que configuran este territorio y, a menudo, la dificultad en la definición, así como el dispar nivel de conocimiento de las mismas. La periodización propuesta ofrece cuatro fases que abarcan desde el siglo VIII al I a.C.: un período formativo, mal definido, para el que se ha reservado el término Protoceltibérico (ca. siglos VIII/VII -mediados del VI a.C.), una fase

¹ Se ha sugerido que el término “celtíbero” pudiera estar haciendo referencia a los “Celtas de Iberia” (Tovar 1989: 83), aun cuando, como es sabido, los Celtíberos no fueron los únicos Celtas de la Península. Es posible que este término no hiciera sino resaltar la personalidad de este pueblo en el mundo céltico (Ciprés 1993: 57).

inicial o Celtibérico Antiguo (ca. mediados del siglo VI -mediados del V a.C.), una fase de desarrollo o Celtibérico Pleno (ca. mediados del V -finales del III) y una fase final o Celtibérico Tardío (finales del III -siglo I a.C.), intentando adecuar la compleja realidad celtibérica a una secuencia continua y unificadora del territorio celtibérico, habiéndose diferenciado, sin embargo, distintos grupos o subáreas de marcada personalidad cultural y étnica (fig. 2).

La demostración de la continuidad en el uso de las necrópolis, cuya seriación ha sido posible gracias, sobre todo, al análisis del armamento depositado en las sepulturas (Lorrio 1994; *Idem* 1997: 147 ss., tablas 1 y 2), justifica plenamente la utilización del término “celtibérico” desde al menos el siglo VI a.C. Pero por ello, inicialmente, este término debería quedar restringido a lo que cabe considerar como el área nuclear de la Celtiberia histórica, circunscrita a las altas tierras del Oriente de la Meseta. Esta continuidad queda confirmada por los propios hábitats, que ofrecen una evolución paralela a la registrada en las necrópolis, al igual que ocurre con la cultura material y la estructura socioeconómica (fig. 3).

De esta forma, parece más acertado utilizar el término celtibérico referido a un sistema cultural bien definido, tanto geográfica como cronológicamente, que abarcaría desde el siglo VI a.C. hasta la conquista romana y el período inmediatamente posterior (Almagro-Gorbea 1993: 147). La continuidad observada en el registro arqueológico permitiría, pues, la utilización de un término étnico a partir del período formativo de esta Cultura, a pesar de las dificultades que en ocasiones conlleva su uso para referirse a entidades arqueológicas concretas.

La génesis de la Cultura Celtibérica. Un problema esencial es el de la formación de la Cultura Celtibérica, entendida en una perspectiva restringida, al menos geográficamente (*vid.* para una utilización del término más genérica, Martín Valls y Esparza 1992; Sacristán *et alii* 1995; etc). Términos como Campos de Urnas, hallstático, posthallstático o céltico han sido frecuentemente utilizados intentando establecer la vinculación con la realidad arqueológica europea, encubriendo con ello de forma más o menos explícita la existencia de posturas invasionistas que relacionan la formación del grupo celtibérico con la llegada de sucesivas oleadas de Celtas venidos de Centroeuropa (*vid.* Lorrio 1997: 15 ss.). Esta tesis fue defendida por P. Bosch Gimpera (1932), quien, a partir de los datos históricos y de las evidencias de tipo lingüístico, planteó la existencia de diferentes invasiones, intentando aunar las fuentes históricas y filológicas con la realidad arqueológica. Estos planteamientos abrieron una vía de difícil salida para la investigación arqueológica española, principalmente al no encontrar el necesario refrendo en los datos arqueológicos para demostrar la idea de sucesivas invasiones (Ruiz Zapatero 1993: 45 ss.).

La hipótesis invasionista fue mantenida por los lingüistas, pero sin poder aportar información respecto a su cronología o a su vía de llegada. La de

mayor antigüedad, considerada precelta, incluiría el lusitano, lengua que para algunos investigadores debe considerarse como un dialecto céltico, mientras que la más reciente sería el denominado celtibérico, ya plenamente céltico.

La delimitación de la Cultura de los Campos de Urnas en el Noreste peninsular, área lingüísticamente ibérica, esto es, no céltica y ni tan siquiera indoeuropea, y la ausencia de dicha cultura en áreas celtizadas, obligó a replantear las tesis invasionistas, ya que ni aceptando una única invasión, la de los Campos de Urnas, podría explicarse el fenómeno de la celtización peninsular.

Por todo ello, filólogos y arqueólogos han trabajado disociados, tendiendo estos últimos o a buscar elementos exógenos que probaran la tesis invasionista o, sin llegar a negar la existencia de Celtas en la Península Ibérica, al menos restringir el uso del término a las evidencias de tipo lingüístico, epigráfico, etc., en contradicción con los datos que ofrecen las fuentes escritas. De hecho, la dificultad de correlacionar los datos lingüísticos y la realidad arqueológica ha llevado a que tales disciplinas caminaran separadamente, lo que dificulta la obtención de una visión globalizadora, ya que no se podrá aceptar plenamente una hipótesis lingüística que no asuma la realidad arqueológica, ni ésta podría explicarse sin valorar de forma coherente la información de naturaleza filológica.

Una interpretación alternativa ha sido propuesta por M. Almagro-Gorbea (1993) partiendo de la dificultad en mantener que el origen de los Celtas hispanos pueda relacionarse con la Cultura de los Campos de Urnas, cuya dispersión se circunscribe al cuadrante Nororiental de la Península (Ruiz Zapatero 1985). Tal origen habría de buscarse en su substrato “protocelta” conservado en las regiones del Occidente peninsular, aunque en la transición del Bronce Final a la Edad del Hierro se extendería desde las regiones atlánticas a la Meseta. La Cultura Celtibérica surgiría de dicho substrato protocéltico (Almagro-Gorbea 1993: 146 ss.), lo que explicaría las similitudes de diverso tipo (culturales, socioeconómicas, lingüísticas e ideológicas) entre ambos y la progresiva asimilación de dicho substrato por parte de aquella.

Sin embargo, la reducida información respecto al final de la Edad del Bronce en la Meseta Oriental dificulta la valoración del substrato en la formación del mundo celtibérico, aunque ciertas evidencias vienen a confirmar la continuidad del poblamiento al menos a la zona donde el fenómeno celtibérico irrumpirá con mayor fuerza: el Alto Tajo-Alto Jalón-Alto Duero (Lorrio 1997: 260 ss.).

Volviendo a las tesis de M. Almagro-Gorbea, el hecho esencial es que la celtización de la Península Ibérica se presenta como un fenómeno complejo, en el que una aportación étnica única y determinada, presente en los planteamientos invasionistas, ha dejado de ser considerada como elemento imprescindible para explicar el surgimiento y desarrollo de la Cultura Céltica peninsular, de la que los Celtíberos constituyen el grupo mejor conocido.

A pesar de lo dicho, la presencia de aportes étnicos procedentes del Valle del Ebro está documentada en las altas tierras de la Meseta Oriental, como parece confirmar el asentamiento protoceltibérico de Fuente Estaca (Embid), en el Noreste de la provincia de Guadalajara (Martínez Sastre 1992). La posibilidad de que estas infiltraciones de grupos de Campos de Urnas hubiesen sido portadoras de una lengua indoeuropea no debe desestimarse, si bien está aún por valorar la incidencia real de estos grupos en el proceso de gestación del mundo celtibérico. En el estado actual de la investigación resulta aventurado -y no por ello menos sugerente- vincular la llegada de estos grupos con la introducción de la lengua “protoceltibérica”, término utilizado por de Hoz (1993: 392, nota 125) para referirse a “cualquier estadio de lengua que se intercale entre el celta aún no diferenciado en dialectos y el celtibérico histórico atestiguado en las inscripciones” (*vid.* de Hoz 1992: 230 y 1993: 392 ss.).

Sea como fuere, parece fuera de toda duda el origen extrapirenaico de los Campos de Urnas del Noreste, aceptándose la penetración, al menos en sus fases iniciales (que cabe situar en torno al 1100 a.C.), de grupos humanos demográficamente poco importantes (Ruiz Zapatero 1985; Maya y Barberá 1992: 176 ss.). Dada la continuidad en la cultura material en el Noreste a lo largo del primer milenio, y aceptando un carácter indoeuropeo para estas aportaciones humanas, se ha sugerido como interpretación que explique el iberismo lingüístico que esta zona ofrece en fecha avanzada lo que Villar (1991: 465 s.) denomina como “indoeuropeización fallida”, según la cual las lenguas indoeuropeas del Noreste debieron ir desapareciendo, al ser iberizadas cultural y lingüísticamente. Parece fuera de toda duda que al menos una parte de los grupos de Campos de Urnas hablaron una lengua indoeuropea de tipo celta o protocelta, como vendría a confirmarlo el caso del lepóntico, lengua celta hablada en el Norte de Italia al menos desde el primer cuarto del siglo VI a.C. y vinculada con la cultura de Golaseca, que hunde sus raíces en un grupo de C.U., la cultura de Canegrate (de Marinis 1991; de Hoz 1992). De acuerdo con esto, y volviendo al Noreste peninsular, cabría plantear, con Maya y Barberá (1992: 176), que “o bien los grupos migratorios de C.U. fueron tan restringidos que no llegaron a imponer su propia lengua a las gentes del substrato, o bien, la transformación cultural ibérica borró en gran parte los rasgos lingüísticos indoeuropeos, hipotéticamente asumidos por los autóctonos” (*vid.* de Hoz 1993: 391 ss.).

Protoceltibérico. Se trata de un período mal definido que quedaría circunscrito al momento inmediatamente anterior a la aparición de algunos de los elementos esenciales de la Cultura Celtibérica (fig. 1,A,1), como son las necrópolis de incineración -con la presencia de armas formando parte de los ajuares desde los momentos iniciales de las mismas- o los hábitats permanentes -a menudo situados en lugares elevados y protegidos por fuertes defensas-, cuya continuidad, a veces incluso hasta época romana, permite la utilización del término “celtibérico” desde los estadios iniciales de dicha cultura

(Almagro-Gorbea 1986-87: 35; *Idem* 1987: 321; Lorrio 1997: 260). No es este el sentido habitual del término “protoceltibérico” que, en ocasiones, aparece aplicado a las necrópolis para referirse a la fase inicial de las mismas (Ruiz Zapatero y Lorrio 1988: 261), aunque a menudo se utilice para realidades distintas, incluso en áreas vecinas (*vid.*, por ejemplo, Cerdeño y García Huerta 1990: 78 s. y Argente *et alii* 1991: 114 ss.).

Se viene aceptando una fecha en torno a la segunda mitad del siglo IX a.C. para señalar el final de la cultura característica del Bronce Final en la Meseta, Cogotas I, admitiéndose un desfase cronológico con la pervivencia, a lo largo de los siglos VIII-VII a.C., de ciertas tradiciones cerámicas propias de dicha Cultura en áreas periféricas (Ruiz Zapatero y Lorrio 1988; Delibes y Romero 1992: 236; Romero y Jimeno 1993: 186). No obstante, hay que dejar constancia que en las altas tierras de la Meseta Oriental los hallazgos relativos a ese momento son escasos (*vid.* Ruiz Zapatero 1984: 172 ss.; Romero y Jimeno 1993: 184 y 200 s.; Romero y Misiego 1995^a: 60 ss.; etc.), lo que sin duda va a condicionar la valoración del papel jugado por el substrato en el proceso formativo del mundo celtibérico. Sobre este substrato mal conocido es donde deben situarse los primeros impactos de grupos de Campos de Urnas procedentes del Valle del Ebro (Ruiz Zapatero y Lorrio 1988), que podrían remontarse al siglo VIII a.C. según se desprende de la información proporcionada por el ya citado asentamiento de Fuente Estaca, en la cabecera del río Piedra. Se trata de un poblado abierto, constituido por agrupaciones de cabañas endebles, que ha proporcionado materiales vinculables a la transición de Campos de Urnas Antiguos/Campos de Urnas Recientes, o más bien en la perduración de aquéllos en éstos -como las urnas bicónicas de carena acusada con decoración acanalada, o una fíbula de pivotes- y una datación radiocarbónica de 800±90 B.C. (Martínez Sastre 1992).

Una cronología similar se ha defendido para Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor, en Soria (Jimeno y Fernández 1985), mientras que los materiales de Reillo, en Cuenca (Maderuelo y Pastor 1981; Ruiz Zapatero y Lorrio 1988: 259, fig. 2) se situarían en la primera mitad del siglo VII a.C. Ambos conjuntos ofrecen formas cerámicas emparentadas con los Campos de Urnas del Ebro, en tanto que las técnicas o los motivos decorativos constituyen una perduración de Cogotas I en la transición del Bronce Final al Hierro.

Los pocos datos disponibles procedentes del ámbito conquense vendrían a confirmar la continuidad de la secuencia cultural hasta este período de transición, aunque no hay que olvidar su localización en una zona periférica a los focos más activos en el proceso de gestación del mundo celtibérico (fig. 1,A,2). Si la fase inicial del poblado de Reillo (*vid. supra*) ha proporcionado evidencias de la perduración de las técnicas decorativas propias de Cogotas I en los albores de la Edad del Hierro, las recientes excavaciones en el poblado de Hoyas del Castillo, en Pajaroncillo (Ulreich *et alii* 1994), han permitido documentar un poblamiento continuado desde un momento avanzado del

Bronce Antiguo hasta el Bronce Final o inicios del Hierro (estratos 4-12), a continuación del cual se produjo un período de abandono. Los materiales cerámicos del nivel 12 presentan algunas novedades importantes en relación a los estratos infrapuestos, dejando de utilizarse las técnicas características de la Cultura de Cogotas I, estando presentes, en cambio, las propias de los Campos de Urnas del Ebro.

De forma general, los primeros impactos de los Campos de Urnas del Hierro quedan caracterizados por el hallazgo de especies cerámicas, en número reducido, cuyas formas y, especialmente, motivos y técnicas decorativas encuentran su mejor paralelo entre los grupos de Campos de Urnas del Alto y Medio Ebro (Ruiz Zapatero 1984: 177 ss.; Romero 1991: 9 s.; Romero y Ruiz Zapatero 1992: 108; etc.). En el Alto Duero estos hallazgos no resultan muy numerosos, reduciéndose a un vaso con decoración excisa y algunos fragmentos acanalados o grafitados procedentes de Castilviejo de Yuba, un vasito exciso y otro inciso de Quintanas de Gormaz, y algunos materiales cerámicos de La Muela de Garray, solar de la ciudad de Numancia (Fernández 1997: 118 s.), todos ellos sin contexto conocido, al igual que un fragmento exciso de El Atance (Guadalajara) y otro más de El Castillejo de Fuensaúco (Bachiller 1993). Los ejemplares sorianos vienen siendo datados en el siglo VII a.C. e incluso en la centuria siguiente (Romero y Ruiz Zapatero 1992: 108; Fernández 1997: 118 s.), coincidiendo con un momento especialmente oscuro aunque clave para la formación del mundo celtibérico (fig. 4). Con ellos se define una facies anterior a los más antiguos cementerios de incineración documentados en el Oriente de la Meseta y a los asentamientos de tipo castreño del Norte de la provincia de Soria, o de características más abiertas, en el centro-Sur de la misma, cuyas cronologías actualmente en uso no parecen apuntar más arriba del siglo VI a.C. Estas especies cerámicas serían muestra de las relaciones que durante este momento se establecen entre la Meseta Oriental y el Valle del Ebro, continuando las documentadas durante la Edad de Bronce, confirmadas por la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I en yacimientos del Ebro (Ruiz Zapatero y Lorrio 1988: 259).

A este período inicial de la Edad del Hierro cabe adscribir la primera ocupación de yacimiento soriano de El Castillejo de Fuensaúco (Romero y Misiego 1992; *Idem* 1995b: 130 ss.), que proporcionó sendas cabañas de planta circular excavadas en la roca, a las que se asociaban cerámicas pobremente decoradas, anterior al nivel adscribible al Celtibérico Antiguo.

Celtibérico Antiguo. En torno al siglo VI a. C. se documentan en las altas tierras de la Meseta Oriental y el Sistema Ibérico una serie de importantes novedades que afectan a los patrones de asentamiento, al ritual funerario y a la tecnología, con la adopción de la metalurgia del hierro. Surgen ahora un buen número de poblados de nueva planta así como los primeros asentamientos que cabe considerar como estables en este territorio. A esta fase se adscriben una serie de poblados, generalmente de tipo castreño, a veces

protegidos por murallas aunque también se documenten otros carentes de defensas a excepción de la que otorga la propia elección del emplazamiento. A este momento corresponden, asimismo, los más antiguos cementerios de incineración de la Meseta Oriental, en ocasiones en uso de forma continuada desde el siglo VI a.C. hasta el siglo II, o incluso después. Algunos de ellos ofrecen una característica ordenación interna, con calles formadas por la alineación de las sepulturas, generalmente con estelas (Lorrio 1997: 114 ss., figs. 42-45). Los ajuares funerarios ponen de manifiesto la existencia de una sociedad de fuerte componente guerrero, con indicios de jerarquización social, configurándose el armamento -en el que destacan las largas puntas de lanza y la ausencia de espadas o puñales- como un signo exterior de prestigio.

Para Almagro-Gorbea (1993: 146 s.) la aparición de las élites celtibéricas podría deberse a la propia evolución de los grupos dominantes de la Cultura de Cogotas I, aunque sin excluir los aportes demográficos externos, cuya incidencia real en este proceso resulta en cualquier caso difícil de valorar. De esta forma, la llegada y el desarrollo en la Meseta de una organización de tipo gentilicio -entendida como una organización familiar aristocrática fundada sobre la base de una transmisión hereditaria que se refleja en una onomástica específica (Almagro-Gorbea 1995: nota 3)- pudo reforzar la jerarquización latente en la estructura socioeconómica existente desde Cogotas I. Seguramente, la nueva organización socioeconómica llevaría a una creciente concentración de riqueza y poder por quienes controlaran recursos tales como las zonas de pastos, las salinas -esenciales para la ganadería- o la producción de hierro, que permitió alcanzar en fecha temprana un armamento eficaz, explicando el desarrollo de una sociedad de tipo guerrero progresivamente jerarquizada, que constituye uno de los elementos fundamentales para entender el desarrollo de la Cultura Celtibérica y en cuyo proceso de etnogénesis debió de jugar un papel esencial como factor de cohesión (Lorrio 1997: 312 s.).

El análisis de la cultura material de las necrópolis y poblados de la fase inicial de la Cultura Celtibérica revela la existencia de aportaciones de diversa procedencia y variadas tradiciones culturales (Almagro-Gorbea 1993: 146 ss.). En cuanto a los objetos hallados en los ajuares funerarios, podría plantearse un origen meridional para algunos de ellos, como las fíbulas de doble resorte de puente filiforme y de cinta, los broches de cinturón de escotaduras y de uno a tres garfios, o los primeros objetos realizados en hierro, que incluirían las largas puntas de lanza y los cuchillos curvos, perfectamente documentados en ambientes orientalizantes del Mediodía peninsular desde los siglos VII-VI a.C. (Lorrio 1994: 219; *Idem* 1997: 155 s., 271, fig. 112). Otra posibilidad, en absoluto excluyente, es plantear la llegada de algunos de estos elementos desde las áreas próximas al mundo colonial del Noreste peninsular a través del valle del Ebro, junto al propio ritual, la incineración, y a las urnas que formarían parte de él, como lo confirmarían sus perfiles, que cabe vincular con

los Campos de Urnas, al igual que ocurre con las cerámicas procedentes de los lugares de habitación, de evidente semejanza con las documentadas en yacimientos de Campos de Urnas del Hierro. Diferente podía ser el caso de algunas de las cerámicas pintadas, de posible origen meridional (Almagro-Gorbea 1986-87: 38).

Una procedencia del Bajo Aragón se ha señalado para los encachados tumulares de las necrópolis de Molina de Aragón y Sigüenza (Cerdeño y Pérez de Ynestrosa 1993: 74 s.), por otro lado muy mal documentados, no habiéndose podido estudiar su estructura constructiva. Por el contrario, la presencia de calles de estelas constituye un rasgo local (Lorrio 1997: 114 ss.), sin paralelos en el ámbito de los Campos de Urnas (Almagro-Gorbea 1986-87: 36).

Por su parte, el tipo de poblado que ofrece casas rectangulares adosadas con muros cerrados hacia el exterior a modo de muralla, característico del mundo celtibérico a partir de esta fase inicial (Cerdeño y García Huerta 1992: 83 ss.), pero no exclusivo de él (Almagro-Gorbea 1994: 24), está igualmente bien documentado en los poblados de Campos de Urnas del Noreste.

La presencia de los elementos analizados, así como de las diferentes influencias señaladas en la Meseta Oriental, no debe relacionarse necesariamente con movimientos de población ni tampoco excluirlos, estando aún por determinar el papel jugado en este proceso por el substrato indígena. Sin embargo, según se ha señalado, la existencia de aportes étnicos procedentes del Valle del Ebro está atestiguada en la zona, como demuestra el asentamiento ya citado de Fuente Estaca (Martínez Sastre 1992), lo que vendría apoyado por la homogeneidad del conjunto y por la propia situación geográfica del yacimiento, en el Alto Jalón (*vid. supra*).

En general, la eclosión del mundo celtibérico aparece restringida a un ámbito mucho más reducido que el que posteriormente conformará la Celtiberia histórica, configurándose lo que puede considerarse como el territorio nuclear de la misma, localizado en las tierras altas del Oriente de la Meseta y el Sistema Ibérico, en torno a los cursos altos del Tajo, del Jalón y del Duero (fig. 1,A,2), quedando excluidas de la misma otras áreas cuya adscripción a la Celtiberia en época histórica está sobradamente contrastada (*vid. infra*), como es el caso de buena parte de la margen derecha del Ebro Medio (Royo 1990: 130 s., fig. 2; Ruiz Zapatero 1995: 40; Lorrio 1997: 257 ss.) o los cursos superiores del Cigüela y el Záncara, subsidiarios del Guadiana, en la zona centro-occidental de la provincia de Cuenca (Lorrio 1999).

Celtibérico Pleno. A partir del siglo V y hasta finales del III a.C. se desarrolla un nuevo período a lo largo del cual se ponen de manifiesto variaciones regionales que permiten definir grupos culturales vinculables en ocasiones con los *populi* conocidos por las fuentes literarias. El análisis de los cementerios, y principalmente de los objetos metálicos depositados en las

tumbas, sobre todo las armas, ha permitido su estructuración en diversas subfases, por otro lado difíciles de correlacionar con la información procedente de los poblados, a veces únicamente conocidos a través de materiales de superficie.

Las necrópolis ponen de relieve la creciente diferenciación social, con la aparición de tumbas aristocráticas cuyos ajuares están integrados por un buen número de objetos, algunos de los cuales pueden ser considerados como excepcionales, como las armas bronceas de parada o la cerámica a torno. Este importante desarrollo inicialmente aparece circunscrito al Alto Henares-Alto Tajuña, afluentes del Tajo, así como a las tierras meridionales de la provincia de Soria pertenecientes al Alto Duero y al Alto Jalón, pudiéndose relacionar con la riqueza ganadera de la zona, con el control de las salinas o con la producción de hierro, sin olvidar su situación geográfica privilegiada, al constituir el paso natural entre el Valle de Ebro y la Meseta. La proliferación de necrópolis en esta zona puede asociarse con el aumento en la densidad de población, lo que implicaría por tanto una ocupación más sistemática del territorio (Lorrio 1997: 261 s., fig. 111).

Las tumbas de guerrero incorporan a sus ajuares la espada, perteneciente a los modelos de antenas y de frontón, documentadas conjuntamente en el Mediodía peninsular desde inicios del siglo V a.C. (Lorrio 1994; *Idem* 1997: 158 ss.). También puntas de lanza, que en ocasiones alcanzan los 40 cm de longitud, usualmente acompañadas de sus regatones, *soliferrea* y, posiblemente, *pila*. La panoplia se completa con el escudo, con umbos de bronce o hierro, el cuchillo de dorso curvo, y, en ciertos casos, discos-coraza y cascos realizados en bronce. Junto a ellos resulta frecuente la presencia de arreos de caballo, lo que viene a incidir en el carácter privilegiado de los personajes que se hicieron acompañar de estos objetos.

En lo relativo a la procedencia de los distintos tipos de objetos presentes en las sepulturas se ponen de manifiesto diversas influencias, por un lado norpirenaicas, a través del Valle del Ebro, y, por otro, con las tierras del Mediodía y el Levante peninsular, de inspiración mediterránea (Lorrio 1997: 277 s., fig. 115). Buen ejemplo de ello lo ofrecen las armas, quizás los elementos más significativos de todos los que componen el ajuar (Lorrio 1997: 162 ss.). Los diversos modelos de espadas de antenas responden a una doble influencia (Cabré 1990: 206 ss.; Quesada 1997: 236, figs. 138 y 140): del Languedoc, seguramente a través de Cataluña, como parece ser el caso del tipo Aguilar de Anguita, y de Aquitania, como lo confirmarían los escasos ejemplares de tipo aquitano, seguramente piezas importadas, y las espadas de tipo Echauri. El carácter local de las espadas de antenas de los tipos Aguilar de Anguita y Echauri sería un exponente del gran desarrollo metalúrgico que alcanzó la Meseta Oriental desde un momento temprano. Diferente procedencia puede defenderse para las espadas de frontón, para las que cabe suponer un

origen mediterráneo a través del Mediodía peninsular en los inicios del siglo V a.C. (Cabre 1990: 210; Quesada 1997: 180 s.).

Asimismo, cabría plantear un carácter foráneo para los elementos bronceos de parada, cascos, corazas y grandes umbos, cuya coincidencia en la temática y en la técnica decorativa permite pensar en un origen común, sin que pueda descartarse su realización en talleres locales (Lorrio 1997: 277). Esta procedencia foránea resulta especialmente clara en los discos-coraza - inspirados en piezas itálicas y para los que se defiende una cronología del siglo V a.C. (Kurtz 1991: 188; Quesada 1997: 575)-, dada su distribución geográfica centrada en el Sureste peninsular (Quesada 1997: fig. 326).

Respecto al resto de los materiales, como los diversos modelos de fíbulas, broches de cinturón, adornos de espirales o pectorales de placas de bronce, ofrecen paralelos muy diversos en el tiempo y el espacio, en muchos casos mediterráneos, evidenciando diversos orígenes y vías de llegada, aunque en muchos casos se trate de piezas de producción local, según demuestra la dispersión geográfica de los hallazgos. La procedencia del área ibérica resulta evidente en el caso de las primeras piezas fabricadas a torno arribadas a la Meseta Oriental.

Desde finales del siglo V se observa un desplazamiento progresivo de los centros de riqueza hacia las tierras del Alto Duero que puede relacionarse con el papel destacado que a partir de este momento va a jugar uno de los *populi* celtibéricos de mayor fuerza: los Arévacos. Esto queda demostrado en la elevada proporción de sepulturas con armas en los cementerios adscribibles a este período localizados en la margen derecha del Alto Duero, lo que viene a coincidir con el empobrecimiento de los ajueres, incluso con la práctica desaparición de las armas, en otras zonas de la Celtiberia (Lorrio 1997: 278 s.)

La presencia de armas de tipo ibérico no es habitual en el Alto Duero reduciéndose a alguna falcata o a las manillas de escudo del modelo de aletas (Lorrio 1997: 182 y 186; Quesada 1997: 76 y 506, figs. 10 y 293), mientras que a partir de mediados del siglo IV a.C. van a aparecer en los cementerios del Alto Henares-Alto Jalón las espadas de tipo La Tène, que alcanzarán su máximo desarrollo en la centuria siguiente, habiéndose documentado auténticas piezas latenenses, como lo prueba el hallazgo de ciertas vainas de espada (Schüle 1969: lám. 66; Lenerz-de Wilde 1991: 85; Lorrio 1994: 230 s.; *Idem* 1977: 180 s.; Quesada 1997: 252). Dadas las características plenamente indígenas de las panoplias en las que se integran estas armas, cabría plantear su llegada de la mano de mercenarios celtibéricos o tratarse, todo lo más, de piezas exóticas arribadas por intercambios de prestigio. Mayor importancia tuvieron las relaciones con las tierras del Duero Medio y el Alto Ebro, confirmadas a través de ciertos objetos de gran personalidad, como los puñales y algún umbo de escudo de tipo Monte

Bernorio, los tahalíes metálicos, o los broches de tipo Miraveche y Bureba (Lorrio 1977: 180, 182 y 281).

Por lo que se refiere a los poblados, a partir de la Segunda Edad del Hierro se generaliza el esquema urbanístico de calle o de plaza central, incorporándose nuevos sistemas defensivos, como las murallas acodadas y los torreones rectangulares, que convivirán con los característicos campos de piedras hincadas, ya documentados desde el Primer Hierro en los castros de la serranía de Soria (*vid.* Romero 1991).

A lo largo de este período se asiste a lo que quizás podría interpretarse como “celtiberización” de determinadas zonas adyacentes a los territorios nucleares del Alto Tajo-Alto Jalón-Alto Duero (fig. 1,A,3). Al final de la fase plena estas áreas presentan características uniformes con el resto del territorio celtibérico. Así ocurre con el sector septentrional de la actual provincia de Soria, área montañosa perteneciente al Sistema Ibérico, donde se individualiza la llamada “cultura castreña soriana” (Romero 1991; Bachiller 1987), que constituye uno de los grupos castreños peninsulares de mayor personalidad, perfectamente caracterizado desde el punto de vista geográfico-cultural y cronológico, fechándose entre los siglos VI-V a.C., para ser abandonados en su mayoría hacia mediados del siglo IV a.C., aunque en algunos casos pudieran haber sido ocupados posteriormente de forma ocasional. No obstante, ciertos castros presentan suficientes evidencias que confirman una ocupación estable en época Celtibérica Plena (Romero 1991: 370 s.), no quedando claras las condiciones de esta transición. Resulta tentador correlacionar este fenómeno generalizado de abandono y posibles transiciones violentas de los asentamientos castreños de la serranía con el evidente desarrollo que ponen de manifiesto durante este período las necrópolis y poblados de la zona central de la cuenca alta del Duero, por lo que se podría hablar de celtiberización del territorio serrano, que sin embargo no llegó a completarse, como demuestra que dicho territorio se mantuviera al margen de las manifestaciones funerarias propias del ámbito arévaco.

Similar podría ser el caso de las tierras de la margen derecha del Valle Medio del Ebro que durante los estadios iniciales de la Cultura Celtibérica aparece vinculado al mundo del Hierro de tradición de Campos de Urnas del Ebro (Royo 1990: 130 s., fig. 2; Ruiz Zapatero 1995: 40), dando la sensación de asistir a un proceso de celtiberización que se llevaría a cabo a partir de finales del siglo IV-inicios del III a.C., o incluso después.

Celtibérico Tardío. El período comprendido entre finales del siglo III y el siglo I a.C. se configura como una etapa de transición y de profundo cambio en el mundo celtibérico (Almagro-Gorbea y Lorrio 1991). El hecho más destacado puede considerarse la tendencia hacia formas de vida cada vez más urbanas, que se debe enmarcar entre el proceso precedente en el mundo tartesio-ibérico y el de la aparición de los *oppida* en Centroeuropa. Como exponente de ello están los fenómenos de sinecismo documentados por las

fuentes, así como la posible transformación de la ideología funeraria reflejada en los ajuares, que puede explicar el desarrollo de la joyería, tal vez como elemento de estatus que sustituyera al armamento como símbolo social. En estos productos artesanales, como en los bronce y cerámicas, se observa un fuerte influjo ibérico, lo que les confiere una indudable personalidad dentro del mundo céltico al que pertenecen estas creaciones, como evidencian sus elementos estilísticos e ideológicos. Dentro de este proceso de urbanización debe considerarse la probable aparición de la escritura. Ésta se documenta ya a mediados del siglo II a.C. en las acuñaciones numismáticas, pero la diversidad de alfabetos y su rápida generalización permiten suponer una introducción anterior desde las áreas ibéricas meridionales y orientales. Asimismo, hay que señalar la existencia de leyes escritas en bronce (Fatás 1980; Beltrán y Tovar 1982), produciéndose ahora el desarrollo de una verdadera arquitectura monumental, con la construcción de edificios públicos (Beltrán 1982; Almagro-Gorbea 1994: 40), documentándose a partir de finales del siglo II a.C. grandes *villae* de tipo helenístico, como la de La Caridad de Caminreal (Vicente *et alii* 1991), que evidencia una fuerte aculturación romana.

Para esta fase final se cuenta con las noticias proporcionadas por los autores grecolatinos, que van a permitir analizar en profundidad la organización sociopolítica de los Celtíberos, proporcionando un panorama más complejo que el registrado con anterioridad, tan sólo definido a partir de la documentación arqueológica. Las fuentes literarias, así como las evidencias epigráficas, documentan la existencia de grupos parentales de carácter familiar o suprafamiliar, instituciones sociopolíticas como senados o asambleas, instituciones de tipo no parental como el *hospitium*, la clientela o los grupos de edad, así como entidades étnicas y territoriales cuyos nombres son conocidos por primera vez. Estas mismas fuentes ofrecen información de gran interés sobre la organización económica de los Celtíberos, coincidiendo en señalar en líneas generales su carácter eminentemente pastoril (*vid.* Lorrio 1997, con la bibliografía anterior).

Estas mismas fuentes escritas proporcionan, asimismo, información sobre los límites territoriales de la Celtiberia, haciendo mención expresa de las etnias consideradas como celtibéricas, de las ciudades a ellas vinculadas y del territorio que ocuparían, aunque en ocasiones se observen contradicciones, cuando no inexactitudes manifiestas. A partir de estas y de otras evidencias se configura la Celtiberia como una entidad cultural que se estructura en cuatro grandes áreas: el Alto Duero, el Alto Tajo-Alto Jalón, la Celtiberia meridional, circunscrita a la provincia de Cuenca en gran medida, y el Valle Medio del Ebro en su margen derecha, territorios todos ellos de desarrollo cultural independiente aunque con evidentes puntos de contacto entre ellos (fig. 1,A,4).

Otro hecho clave en este período parece ser la continuidad de la expansión del mundo céltico en la Península Ibérica, al parecer desde un núcleo identificable, en buena medida, con la Celtiberia histórica. Así parece deducirse

de la comparación de la dispersión de los elementos célticos documentados en el siglo V-IV a.C. y los más generalizados de fecha posterior, a veces incluso potenciados tras la conquista romana. Este proceso, según los indicios arqueológicos e históricos, aún estaba plenamente activo en el siglo II a.C. (Almagro-Gorbea 1993: 154 ss.), y se habría extendido hacia el Occidente, como lo prueba la dispersión geográfica de las fíbulas de caballito (Almagro-Gorbea 1994-95; Almagro-Gorbea y Torres e.p.) o de armas tan genuinamente celtibéricas como el puñal biglobular (Lorrio 1997: fig. 8,B) que llegaron a alcanzar las tierras de la Beturia Céltica (Berrocal-Rangel 1992: 160, fig. 31), coincidiendo con la información proporcionada por las fuentes literarias, como la conocida cita de Plinio (3, 13) o las evidencias lingüísticas y epigráficas.

El fenómeno de expansión celtibérica, de modo semejante a Italia, se enfrentó a la paralela tendencia expansiva del mundo urbano mediterráneo. Los púnicos, a partir del último tercio del siglo III a.C., y, posteriormente, el mundo romano, dieron inicio a una serie de enfrentamientos, que culminarían con las Guerras Celtibéricas, que constituyen uno de los principales episodios del choque, absorción y destrucción de la Céltica por Roma, heredera de las altas culturas mediterráneas.

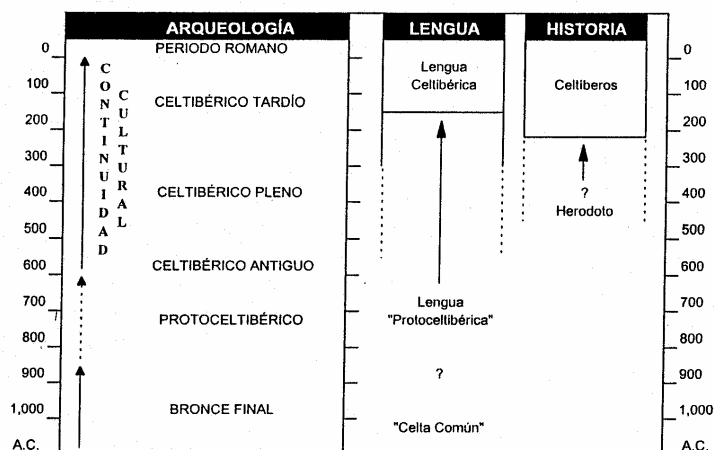
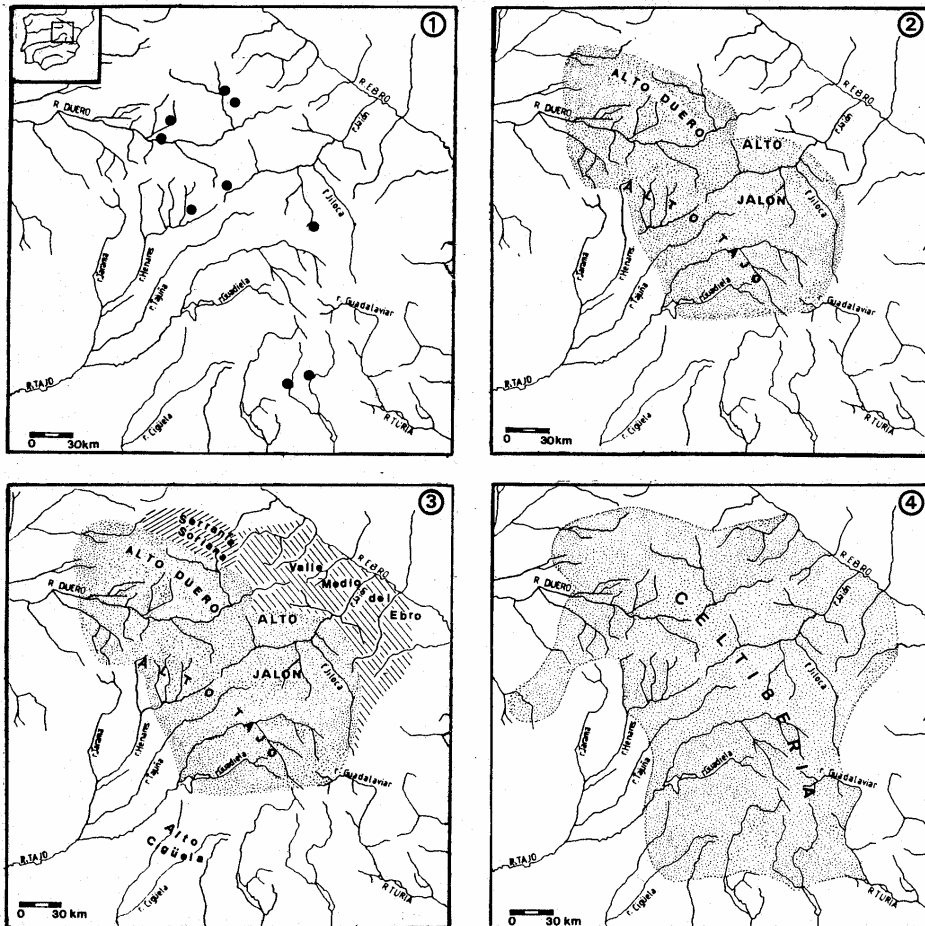


Fig. 1.A. El territorio celtibérico y su evolución por periodos culturales. 1, Protoceltibérico (ca. siglos VIII/VII - mediados del VI a.C.); 2, Celtibérico Antiguo (ca. mediados del siglo VI - mediados del V a.C.); 3, Celtibérico Pleno (ca. mediados del V - finales del III); 4, Celtibérico Tardío (finales del III - siglo I a.C.). B, Diagrama de correlación entre la Arqueología, la Lingüística, las fuentes históricas y la cronología del mundo celtibérico. (Según Lorrio 1997).

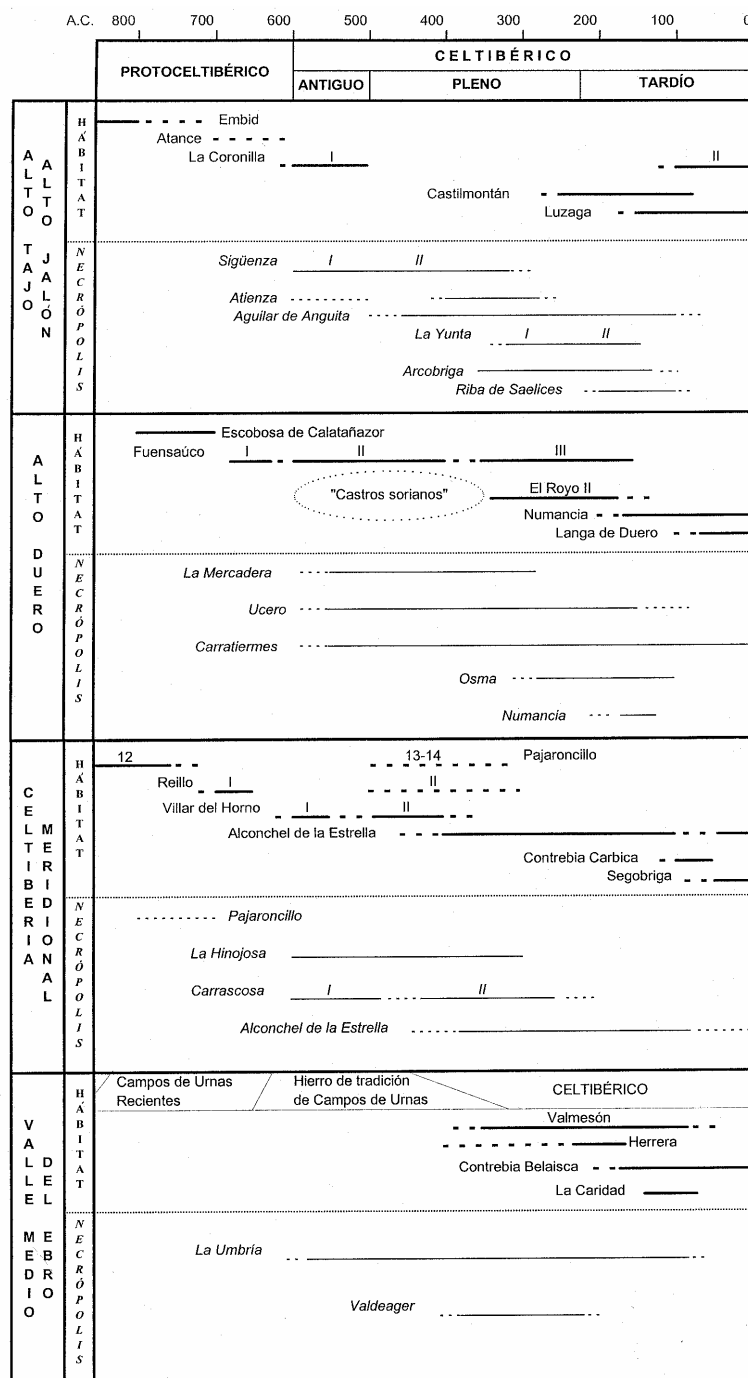


Fig. 2. Cuadro cronológico de los principales yacimientos datados de la Cultura Celtibérica por áreas geográfico-culturales. (Según Lorrio 1997).

FASES	HÁBITAT	NECRÓPOLIS	SOCIEDAD	ECONOMÍA
BRONCE FINAL	- Hábitats no estables (?).	?	Élites personales dentro de Cogotas I	Estructura pastoril desde Cogotas I
PROTO-CELTIBÉRICO (s. VIII-VII a.C.)	- Poblados abiertos con cabañas endebles (s. VIII a.C.). - Primeras estructuras estables: cabañas circulares (s. VII a.C.)	- Incineración - Túmulos		- Orientación agropecuaria.
CELTA (s. VI a.C.)	- Modificación patrón asentamiento: poblados permanentes de nueva planta: castros - Sistemas defensivos: murallas, torres circulares, fosos y piedras hincadas ("castros sorianos"). - Urbanismo de calle central. - Viviendas de mampostería: circulares y rectangulares.	- Ritual funerario de la incineración. - Variabilidad en la ordenación interna: . estructuras tumulares. . calles de tumbas, a veces con estelas. - Necrópolis sin armas. - Jerarquización social a través de los ajuares: armas. (- Ausencia de evidencias funerarias en el grupo castreño del Norte de Soria).	- Organización social aristocrática de tipo gentilicio progresivamente jerarquizada.	- Economía eminentemente pastoril. - Agricultura de subsistencia. - Adopción de la metalurgia del hierro. - Trabajo del bronce dedicado a adornos. - Cerámica a mano. - Primeros productos a torno importados.
CELTIBÉRICO (s. V-fin III a.C.)	- Continuidad en los patrones de asentamiento. - Desarrollo de sistemas defensivos: murallas acodadas, torres cuadrangulares, piedras hincadas y fosos. - Generalización del urbanismo de calle central. - Generalización de la casa rectangular tripartita.	- Proliferación de necrópolis. - Mayor jerarquización social: . armas como signo de prestigio. . Panoplias aristocráticas (s. V a.C.). . Sepulturas más isónomas (s. IV-III a.C.). - Desaparición de armas y empobrecimiento de ajuares en un sector de la Celtiberia, fenómeno que culmina en el Celtibérico Tardío.	- Élites aristocráticas: el estatus se manifiesta por acumulación de objetos suntuarios (armas y objetos importados). - Creciente concentración de riqueza y poder de quienes controlan los recursos (pastos, salinas y hierro). - Influjo del comercio colonial dirigido hacia y por las élites.	- Economía agropecuaria: riqueza ganadera. - Gran desarrollo de la siderurgia: nuevos tipos de armas. - Desarrollo del trabajo del bronce. - Importaciones de lujo. - Desplazamiento de los centros de control de riqueza desde el Alto Tajo-Alto Jalón al Alto Duero.
CELTIBÉRICO (fin s. III-I a.C.)	- <i>Oppida</i> : centros administrativos y comerciales. - Jerarquización del territorio. - Sistemas defensivos complejos. - Urbanismo ortogonal. - Arquitectura monumental: edificios públicos. - Arquitectura doméstica desarrollada: <i>villae</i> helenísticas. - Transformación de los <i>oppida</i> celtibéricos en ciudades romanas, con rango de <i>municipium</i> .	- Reducción de la información funeraria. - Otros rituales: exposición de cadáveres.	- Organización social de tipo urbano: . grupos parentales. . aldeas y ciudades. . instituciones sociopolíticas (asambleas públicas y senado). . entidades étnicas y territoriales. . instituciones no parentales (<i>hospitium</i> , clientela y grupos de edad). - Sociedad aristocrática, definida por nobleza, valor y riqueza. - Concentración de tierras en manos de la aristocracia urbana. - Adopción del alfabeto ibérico y desarrollo de la escritura. - Normas que regulan el derecho público. - Leyes escritas en bronce.	- Intensificación de la actividad agrícola. - Regadío. - Terrenos de propiedad pública y privada. - Grandes propiedades con importante actividad agropecuaria. - Artesanado organizado en centros productores. - Incremento de los intercambios: <i>oppida</i> = centros de redistribución. - Introducción de la moneda.

Fig. 3. Características generales del hábitat, el mundo funerario, la sociedad y la economía del mundo celtibérico por fases culturales.

Bibliografia

- Abascal, J.M. (1994): *Los nombres personales en las inscripciones latinas en Hispania*, (Anejos de Antigüedad y Cristianismo II), Madrid.
- Almagro-Gorbea, M. (1986-87): Los Campos de Urnas en la Meseta, *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte (Salamanca, 1984)*, *Zephyrus* XXXIX-XL, pp. 31-47.
- (1987): La celtización de la Meseta: estado de la cuestión, *Actas del I Congreso de Historia de Palencia*, tomo I, pp. 313-344.
 - (1993): Los Celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural, en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.): *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp. 121-173.
 - (1994): Urbanismo de la Hispania 'céltica': castros y *oppida* en el Centro y Occidente de la Península Ibérica", en Almagro-Gorbea, M. y Martín, A.M. (eds.) *Castros y oppida en Extremadura*, (Complutum Extra 4), Madrid, pp. 13-75.
 - (1994-95): Fíbulas de jinete y caballito en Extremadura. Aporte a la "celtiberización" de la Lusitania, *Anas* 7-8, pp. 9-20.
 - (1995): Les mouvements celtiques dans la Péninsule Ibérique: une révision critique, en Charpy, J.J. (ed.), *L'Europe Celtique du V^e au III^e siècle avant J.-C.: contacts, échanges et mouvements de population*, pp. 13-26.
- Almagro-Gorbea, M. y Lorrio, A.J. (1991): Les Celtes de la Péninsule Ibérique au III^{ème} siècle av. J.-C., *Actes du IX^e Congrès International d'études celtiques (Paris 1991), première partie: Les Celtes au III^e siècle avant J.-C., (Etudes Celtiques XXVIII)*, Paris, pp. 33-46.
- Argente, J.L.; Díaz, A. y Bescós, A. (1991): La necrópolis de Carratiermes, en VV.AA., *Los Celtas en la Península Ibérica*, (Revista de Arqueología, extra 5), Madrid, pp. 114-119.
- Bachiller, J.A. (1987): *Nueva sistematización de la cultura castreña soriana*, (Cuadernos de Prehistoria y Arqueología. Serie Monográfica 1), Zaragoza.
- (1993): Aportaciones al estudio de la Primera Edad del Hierro en el sector oriental de la Meseta Norte, *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología (Vigo 1993)*, Vigo, pp. 203-209.
- Beltrán, A. (1982): El gran edificio de adobe de Contrebia Belaisca (Botorrita): Hipótesis y estado de la cuestión, *Boletín. Museo de Zaragoza* 1, pp. 95-108.
- Beltrán, A. y Tovar, A. (1982): *Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza). I. El bronce con alfabeto ibérico de Botorrita*, (Monografías Arqueológicas 22), Zaragoza.

- Berrocal-Rangel, L. (1992): *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica, (Complutum Extra 2)*, Madrid.
- Bosch Gimpera, P. (1932): *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
- Burillo, F. (1993): Aproximación a la arqueología de los Celtíberos, en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp. 223-253.
- (1998): *Los Celtíberos: Etnias y estados*, Barcelona.
- Cabré, M.E. (1990): Espadas y puñales de las necrópolis celtibéricas, *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos (Daroca 1988)*, Zaragoza, pp. 205-224.
- Capalvo, A. (1996): *Celtiberia*, Zaragoza.
- Cerdeño, M.L. y García Huerta, R. (1990): Las necrópolis de incineración del Alto Jalón y el Alto Tajo, en Burillo, F. (coord.), *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos (Daroca 1988)*, Zaragoza, pp. 75-92.
- (1992): *El castro de La Coronilla. Chera, Guadalajara (1980-1986), (Excavaciones Arqueológicas en España 163)*, Madrid.
- Cerdeño, M.L. y Pérez de Ynestrosa, J.L. (1993): *La Necrópolis Celtibérica de Sigüenza: Revisión del conjunto, (Monografías Arqueológicas del S.A.E.T. 6)*, Teruel.
- Ciprés, P. (1993): *Guerra y Sociedad en la Hispania Indoeuropea, (Anejos de Veleia, Series minor 3)*, Vitoria/Gasteiz.
- Delibes, G. y Romero, F. (1992): El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural, en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica, (Complutum 2-3)*, Madrid, pp. 233-258.
- Fatás, G. (1980): *Tabula Contrebiensis. Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza), II*, Zaragoza.
- Fernández, J.J. (1997): *El poblamiento prehistórico de Numancia. Fondos del Museo Numantino*, Salamanca.
- Hoz, J. de (1986): La epigrafía celtibérica, *Reunión sobre epigrafía hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza, pp. 43-102.
- (1992): Lepontic, Celt-Iberian, Gaulish and the archaeological evidence, *Actes du IX^e Congrès International d'études celtiques (Paris 1991), première partie: Les Celtes au III^e siècle avant J.-C., Etudes Celtiques XXIX*, Paris, 1992, pp. 223-240.
- (1993): Testimonios lingüísticos relativos al problema céltico en la Península Ibérica, en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp. 357-407.
- (1995): Las sociedades celtibérica y lusitana y la escritura, *Archivo Español de Arqueología* 68, 3-30.
- Jimeno, A. y Fernández, J.J. (1985): Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor (Soria). Algunos aspectos sobre la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro, *Revista de Investigación IX*, 3, pp. 49-66.

- Jordán, C. (1998): *Introducción al celtibérico*, Zaragoza.
- Koch, M. (1979): Die Keltiberer und ihr historischer Kontext, *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Tübingen 1976)*, Salamanca, pp. 387-419.
- Kurtz, W.S. (1991): Elementos etrusco-itálicos en el armamento ibérico, en Remesal, J. y Musso, O. (coord.), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica (Barcelona 1990)*, Barcelona, pp. 187-195.
- Lenerz-de Wilde, M. (1991): *Iberia Celtica. Archäologische Zeugnisse keltischer Kultur auf der Pyrenäenhalbinsel*, Stuttgart.
- Lorrio, A.J. (1994): La evolución de la panoplia celtibérica, *Madrid Mitteilungen* 35, pp. 212-257.
- (1997): *Los Celtiberos, (Complutum Extra 7)*, Alicante.
 - (1999): Íberos y Celtiberos en el Noreste de la Meseta Sur: Evolución cultural y delimitación del territorio meridional de la Celtiberia, *1^{as} Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha (Iniesta 1997)*, Toledo, pp. 101-125.
- Maderuelo, M. y Pastor, M.J. (1981): Excavaciones en Reillo (Cuenca), *Noticiario Arqueológico Hispánico* 12, pp. 159-185.
- Marinis, R.F. de (1991): I Celti golasecchiani, en Moscati, S. (coord.), *I Celti*, Milano, pp. 93-102.
- Martín Valls, R. y Esparza, A. (1992): Génesis y evolución de la cultura celtibérica, en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica, (Complutum 2-3)*, Madrid, pp. 259-279.
- Martínez Sastre, V. (1992): El poblado de Campos de Urnas de Fuente Estaca (Embid, Guadalajara), en Valiente, J. (ed.), *La celtización del Tajo Superior, (Memorias del Seminario de Historia Antigua III)*, Alcalá de Henares, pp. 67-78.
- Maya, J.L. y Barberà, J. (1992): Etnogénesis y etnias prerromanas en Cataluña", en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica, (Complutum 2-3)*, Madrid, pp. 167-184.
- Quesada, F. (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*, (Monographies instrumentum 3), Montagnac.
- Romero, F. (1991): *Los castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*, Valladolid.
- Romero, F. y Jimeno, A. (1993): El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro, en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.): *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp. 175-222.
- Romero, F. y Misiego, J.C. (1992): Los orígenes del hábitat de la Edad del Hierro en la provincia de Soria. Las cabañas de *El Castillejo de Fuensaúco, II*

- Symposium de Arqueología Soriana* (Soria 1989), tomo I, Soria, pp. 307-324.
- (1995^a): La Celtiberia Ulterior. Análisis del substrato, en Burillo, F. (coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtíberos* (Daroca 1991), Zaragoza, pp. 59-81.
 - (1995b): Desarrollo secuencial de la Edad del Hierro en el Alto Duero. El Castillejo (Fuensaúco, Soria), en Burillo, F. (coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtíberos* (Daroca 1991), Zaragoza, pp. 127-139.
- Romero, F. y Ruiz Zapatero, G. (1992): La Edad del Hierro. Problemas, tendencias y perspectivas, *II Symposium de Arqueología Soriana* (Soria 1989), tomo I, Soria, pp. 103-120.
- Royo, J.I. (1990): Las necrópolis de los Campos de Urnas del Valle Medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico, *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos* (Daroca 1988), Zaragoza, pp. 123-136.
- Ruiz Zapatero, G. (1984): Cogotas I y los primeros “Campos de Urnas” en el Alto Duero, *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana* (Soria 1982), Soria, pp. 171-185.
- (1985): *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica*, (Tesis Doctoral de la Universidad Complutense 83/85), Madrid.
 - (1993): El concepto de Celtas en la Prehistoria europea y española, en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp. 23-62.
 - (1995): El substrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones, en Burillo, F. (coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtíberos* (Daroca 1991), Zaragoza, pp. 25-40.
- Ruiz Zapatero, G. y Lorrio, A.J. (1988): Elementos e influjos de tradición de “Campos de Urnas” en la Meseta Sudoriental, *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* (Ciudad Real 1985), tomo III, Ciudad Real, pp. 257-267.
- Sacristán, J.D.; San Miguel, L.C.; Barrio, J. y Celis, J. (1995): El poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero, en Burillo, F. (coord.), *III Simposio sobre los Celtíberos. Poblamiento celtibérico* (Daroca 1991), Zaragoza, pp. 337-367.
- Salinas, M. (1986): *Conquista y romanización de Celtiberia*, Salamanca.
- Schüle, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, (Madrider Forschungen 3), Berlin.
- Tovar, A. (1989): *Iberische Landeskunde. II. 3 Tarraconensis* (1989), Baden-Baden.
- Ulreich, H.; Negrete, M.A. y Puch, E. (1994): Cerámica decorada de Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca), Corte 4, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* LX, pp. 105-135.

- Untermann, J. (1983): Die Keltiberer und das Keltiberische, en Campanile, E. (ed.), *Problemi di lingua e di cultura nel campo indoeuropeo*, Pisa, pp. 109-127.
- (1984): Los Celtíberos y sus vecinos occidentales, *Lletres Asturianas* 13, pp. 6-26.
 - (1995): Lengua y poblamiento prerromano en el territorio celtibérico, en Burillo, F. (coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtíberos (Daroca 1991)*, Zaragoza, pp. 7-24.
- Vicente, J.D., Punter, M.P., Escriche, C. y Herce, A.I. (1991): La Caridad (Caminreal, Teruel), *La Casa Urbana Hispanorromana*, Zaragoza, pp. 81-129.
- Villar, F. (1991): *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, Madrid.